

PEPE

Por Gustavo Gutierrez

La obra pastoral de Mons. José Dammert (Pepe, como se le llama corrientemente con afecto y amistad) en Cajamarca ha dejado una honda huella no sólo en la que fuera su diócesis por varias décadas, sino igualmente en la Iglesia peruana, y más allá. Durante mucho tiempo ella fue una referencia, un estímulo y un motivo de sano orgullo para los cristianos de este país. Cuantas veces hemos escuchado a los amigos trabajando en Cajamarca contar sus experiencias de compromiso evangelizador y liberador en una de las zonas más pobres y abandonadas del Perú, y también –es oportuno anotar, por que ello hace aún más desafiante la pobreza- una de las más pobladas. Logros, tropiezos, búsquedas, de todo eso están hechas esas vivencias, pero sobre todo de esperanza y de proximidad al campesino de esa región.

Pepe, participante de la Conferencia episcopal de Medellín, y sus colaboradores llevaban adelante sin estridencias, pero con firmeza y fidelidad la opción preferencial por los pobres. Perspectiva que no se entiende si no se la coloca en el marco del amor universal de Dios; nadie puede, por consecuencia, quedar excluido de nuestra preocupación y solidaridad. A lo que ella nos convoca es a inspirarnos del Dios de la Biblia privilegiando a los últimos de la sociedad y desde allí vivir el amor por todos. Evitamos así caer en una universalidad abstracta y vaporosa que pretende considerar cubrir con buenas palabras las enormes e injustas desigualdades que se dan en nuestra sociedad. La solidaridad con los más desprovistos es el camino para abrirse a toda persona e invitarla a acoger la Buena Nueva de un Dios que tiene un amor de predilección por los más pobres y abandonados que viven, la mayoría de las veces, situaciones de opresión y de injusticia.

Esa fue la perspectiva del trabajo pastoral en Cajamarca. En un comienzo tal vez aquellos que estaban acostumbrados a recibir las preferencias de las llamadas autoridades eclesiásticas y de los agentes pastorales se sorprendieron e incluso se sintieron postergados, pero poco a poco muchos de ellos fueron comprendiendo el sentido evangélico de una opción por los pobres que no significa de ninguna manera un olvido de quienes no lo son, se trata más bien de un llamado para que ellos también hagan de los últimos de este mundo los primeros de su solicitud y preocupación.

Casi recién desembarcado en Cajamarca, y ante la iniciativa del senador por el departamento en ese entonces (persona perteneciente a una de las familias más ricas de la ciudad) de pedir al Gobierno un millón de soles para restaurar y embellecer la Catedral, Pepe le escribe, desde Roma adonde asiste a la primera sesión del Concilio Vaticano II, diciéndole que a su juicio hay otras necesidades prioritarias. Si de templos se trata allí están los de algunas parroquias de la periferia de la ciudad que no tienen cómo atender debidamente a sus feligreses. Además, y sobre todo, considera el obispo que “tienen primacía algunas obras que exigen solución inmediata”, y las enumera: “cárcel (actualmente es una pocilga), canalización del río San Lucas que con sus aguas negras infecta a la población, funcionamiento del nuevo Hospital-Centro de salud (...), instalación de agua y desagüe en toda la ciudad” y sigue el listado. La razón de esta inversión de valores respecto a lo que es generalmente aceptado estriba en que ante el templo de la Catedral, la iglesia propia al obispo, es necesario recordar a San Pablo que nos dice todos somos “templo del Espíritu santo”; por consiguiente, ante las inmensas necesidades de los pobres, ante las situaciones inhumanas en que viven, “creo –dice el obispo- que no debemos vacilar”(1).

Se trata de un verdadero gesto profético del nuevo obispo que dará el tono a lo que hará a lo largo de su labor pastoral en Cajamarca. Al centro de ella se encuentran los seres humanos de carne y hueso, en particular los más desvalidos, en ellos debemos encontrar el rostro de Cristo nos dice el evangelio de Mateo y lo recordará Puebla más tarde, en un texto cuyo borrador fue hecho

al alimón por dos grandes obispos, y cercanos amigos de Pepe, Germán Schmitz y Leonidas Proaño. Las prioridades del pastor son claras; el tiempo, con el espaldarazo del Concilio y de Medellín, las profundizará.

En una zona rural como Cajamarca, decir pobres es decir en gran parte campesinos, sector social abandonado por siglos. Ellos fueron el corazón de la solicitud pastoral de Pepe, a ellos dedicó sus energías y supo decirlo con palabras fuertes y claras. En numerosos textos nos presenta descripciones minuciosas, atentas a lo cotidiano y a los sentimientos que experimentan los campesinos, víctimas del olvido y de un sinnúmero de vejaciones. Solo el cuadro trazado constituye ya una denuncia de esa situación, pero el talante siempre muy concreto de Pepe no se detiene allí, constantemente propone remedios, pistas de solución a los problemas que plantea, por menudos que sean. Buscando en todos los casos ir a las causas, con el propósito de cambiar las categorías mentales que conducen a la marginación de los campesinos. Se trata, dice con terca frecuencia, de mentalidades y de actitudes enquistadas en estructuras sociales que no respetan la dignidad humana de esas personas.

Llegado a Cajamarca, una gran inquietud de Pepe fue poner las enseñanzas del Evangelio al alcance de todos sus diocesanos. El esfuerzo hecho en Cajamarca en materia de una catequesis adaptada a la población de esa región fue inmenso y es, sin duda, una de las obras más importantes y duraderas de esos años. El propio obispo tuvo la ocasión de explicarse al respecto con motivo de los veinticinco años de la obra pastoral de Mons. Leonidas Proaño. En el estilo narrativo que le conocemos y que caracteriza sus mejores páginas, Pepe hace un recuento de sus experiencias, y la de sus colaboradores, en este campo. La realidad que encontró, sus primeros intentos, sus fracasos, las pistas que se abrían, sus logros; un jalón capital en este proceso está constituido por la publicación de un catecismo que fue un extraordinario instrumento de trabajo en manos de los catequistas y que tuvo una relevante repercusión internacional. Su hermoso título es ya todo un programa: “Vamos Caminando”.

De eso se trata, en efecto, de un itinerario siguiendo los pasos de Jesús, el libro fue a su vez producto de un andar, muchas personas contribuyeron a él (varios de sus nombres nos vienen a la memoria en el momento en que escribimos estas líneas). Pero fue sobre todo el resultado de una actitud de escucha y de permanente autocrítica que el obispo presenta de este modo: “saber escuchar para adaptar la renovación conveniente a las circunstancias de lugar y de tiempo es una virtud poco común, que se ha adquirido con el transcurso de los años y cometiéndose imprudencias que originaron retrasos en la labor evangelizadora y han sido fruto de incomprensiones que aún perduran” (2). Fuerte reclamo de una constante apertura al medio en que se busca dar testimonio del Evangelio y ningún triunfalismo ante los logros obtenidos; un texto descarnado, típico de su autor, pero que no nos esconde la profunda humildad que expresa ante una tarea que se considera urgente y que nos apulla avec su inmensidad.

Si bien, desde 1962, después de algunos años como obispo auxiliar del arzobispo de Lima, el cardenal Landázuri, que lo consideró siempre un gran amigo y un hombre de consejo, Mons. Dammert se consagró a su labor pastoral en Cajamarca, por la fuerza de las cosas fue también una persona de referencia en el conjunto de la Iglesia peruana. Lo prueban suficientemente las responsabilidades ocupadas dentro de ella, la presidencia de la Conferencia episcopal por ejemplo, pero lo demuestra sobre todo el peso que tenían su palabra y su persona ante las posturas que la Iglesia asumió en este tiempo como respuesta a las grandes interpelaciones de la realidad peruana. En colaboración estrecha con el cardenal Landázuri, Pepe estuvo entre los obispos que más se empeñaron por hacer que Vaticano II y Medellín inspiraran la actividad pastoral de la Iglesia peruana. Se trataba de tomar en serio lo que esa figura señera del siglo XX, que fue Juan XXIII, llamaba la Iglesia de los pobres, una aspiración que no podía limitarse a su diócesis de Cajamarca y ni siquiera a la Iglesia en el Perú. De allí su compromiso con instancias internacionales como el

Consejo episcopal latinoamericano (CELAM), en cercana relación en un inicio con un gran amigo, y una de las personas que más han marcado la Iglesia latinoamericana, el obispo Manuel Larraín, y posteriormente con una generación de obispos a lo largo del continente que respondían a la imagen que pedía de ellos Vaticano II.

Muchos de ellos no están con nosotros hoy, pero haríamos mal en recordarlos con nostalgia como simples testigos de tiempos idos. Una serie de acontecimientos de los últimos años parece invitar a algunos a esa actitud; no obstante, pese a las razones que se pueden esgrimir para ello no hay que olvidar en qué nivel se colocan los acontecimientos, y este sería el caso, en lo que la historiografía contemporánea llama una historia de larga duración, en la cual más que la amplitud del plazo cronológico lo que importa es la hondura en que se sitúan ciertas mutaciones históricas. Hay, efectivamente, cambios profundos operados en este tiempo, y sin negar que los hubiéramos deseado aún mayores y persistentes en la línea evangélica en que ellos se sitúan, se trata de realidades contundentes sobre las que, en lo esencial, no es posible volver atrás. Y además, son semillas que, si no olvidamos que allí están bajo tierra, esperando riego y cultivo, darán frutos aún más robustos y sabrosos que los gustados hasta el presente.

El testimonio de Pepe forma parte de esas semillas. Su crudo realismo, que a veces podía confundirse con una tendencia al pesimismo, no debe engañarnos. Siempre hay más en él. Es verdad que muchas veces para que ese algo más aflorara en la conversación había que darse el tiempo necesario para recibir primero el chubasco de opiniones aparentemente desganadas que parecían cerrar las puertas, pero casi indefectiblemente, situándose en una perspectiva muy concreta, una postura diferente surgía y el diálogo se hacía más vivo. Cuando se trataba de juicios generales sobre el momento el lenguaje de Pepe era frío y parecía no dar lugar a una salida esperanzada, pero cuando se estaba ante situaciones circunscritas que él conocía bien, y ante personas que apreciaba y quería su actitud cambiaba. No sólo expresaba su confianza en el desarrollo posible de los acontecimientos sino que además, si ese era el caso, se le ocurría más de una manera de salir adelante.

En una mezcla de timidez y de humildad Pepe no expresa fácilmente sus sentimientos, o, mas bien, lo hace de un modo sutil que es necesario leer con atención. Los campesinos de Cajamarca no se llamaron a engaño al respecto, múltiples testimonios hacen ver lo cerca que sentían a un pastor que recorrió su diócesis y que los visitó allí donde ellos vivían, cosa que ellos aprecian sobre manera. Su accesibilidad les mostraba lo importantes que eran para él, sentado en el patio del obispado con su poncho a fin de protegerse del frío de la tarde allí estaba el obispo abordable, sin prealables y antesalas, por quien quisiera hablarle. De una sencillez desarmante podía tanto permanecer silencioso en la banca que ocupaba, cuanto hablar animadamente con quienes se le acercaban. Un gran amigo, con quien muchos de nosotros tiene una inmensa deuda, César Arróspide, que había conocido a Pepe desde antes de su ingreso al Seminario, preguntado por como definiría al obispo, respondió dando un fino retrato hablado de él. “En Pepe –decía- todo es sencillez, natural, yo me atrevería a decir que es un personero de la cotidianidad, al mismo tiempo que –añadía- que es un hombre con espíritu crítico, capaz de darse muy bien cuenta del límite de las cosas” (3). Así es Pepe.

La acogida que los campesinos siempre recibieron del pastor la reconocieron con las multitudinarias y alegres concentraciones para celebrar los diferentes aniversarios de Pepe, de ordenación episcopal, como obispo de Cajamarca, luego, y sobre todo, la despedida al amigo y pastor cuando llegó la hora de la dimisión. Verdaderas fiestas populares, durante las cuales Pepe no podía, por mucho que se empeñase en hacerlo, disimular la emoción que sentía. Allí estaba ese hombre nacido y educado en la ciudad, limeño por los cuatro costados, rehén agradecido y enriquecido de un pueblo pobre, provinciano y campesino. Ganado a un mundo que no había sido

originalmente el suyo, pero sin el cual ahora no podría comprenderse a sí mismo. Su cotidianidad llevaba ahora y definitivamente la impronta campesina e indígena.

El estudio de la historia fue una permanente vocación de Pepe, en Cajamarca la siguió tratando de conocer y hacer conocer mejor la región del país que le había robado el corazón, escribió y publicó varios libros sobre ella. Además, a través de artículos periodísticos se pronunció a lo largo de todos estos años acerca de problemas locales y nacionales, y ha seguido haciéndolo hasta que una salud debilitada lo ha obligado a suspender una actividad que realizaba con gusto y responsabilidad pastoral. Todo esto le ha dado una presencia en el país que va más allá de los círculos eclesiales, una presencia marcada siempre por el deseo de hacer oír sobre las vicisitudes nacionales una voz motivada por Evangelio de Jesús y que arranca desde los más abandonados del país.

Hombre de un gran sentido de la amistad, Pepe atribuía al acompañamiento de sus amigos lo que él había podido hacer en la vida. Gracias a ellos, ha dicho muchas veces, le había sido posible afrontar con serenidad los momentos difíciles por lo que tuvo que pasar, las incomprendiones sufridas y las injustas críticas que provocaba su estilo pastoral desinteresado y lejano de todos los honores y las promociones. Sea lo que fuere de lo él piensa generosamente de sus amigos, pese a los horas de soledad que también le tocó vivir, los que hemos tenido la gracia de serlo sabemos bien de su cercanía y fidelidad. Expresada siempre con esa discreción tan propia de Pepe (ella fue una de las cosas que más me llamaron la atención de él cuando lo conocí, y lo tuve como asesor, del grupo universitario al que yo pertenecía en mi época de estudiante, en un temprano 1947), su solidaridad fue siempre muy firme, acogedora y... cotidiana. Pepe es uno de esos testigos que nutren nuestra fe y esperanza en el Dios de la vida. Ojalá hayamos podido retribuirle, en parte por lo menos, todo lo que él ha sabido darnos.

NOTAS

1) "Carta al Ing. Rafael Puga, Senador por Cajamarca" en Veinticinco años al servicio de la Iglesia. Elección de textos de Mons. José Dammert. Testimonios (Lima, CEP, 1983) 211-213.

2) "La Sierra Norte del Perú" en o.c. 64.

3) "Entrevista al Dr. César Arróspide" en o.c. 45.